



Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana,  
en la Eucaristía celebrada por el III Aniversario del comienzo del Pontificado de  
Su Santidad el Papa Benedicto XVI

S.M.I. Catedral de La Habana  
21 de abril de 2008.

Queridos hermanos y hermanas

Durante el tiempo pascual la Iglesia lee el libro de los Hechos de los Apóstoles que nos habla de sus orígenes, del comienzo de aquel cundir por el mundo la noticia de Cristo, el judío de Nazaret que pasó haciendo el bien y que fue rechazado por su pueblo y entregado a las autoridades del Imperio Romano que ocupaban aquel oscuro rincón de la Palestina de su tiempo, para que lo condenaran a la muerte infame de cruz, propia de malhechores y bandidos. Ese Jesús es constituido por Dios Padre Señor y Redentor de los hombres, resucitándolo de entre los muertos para una vida nueva y definitiva que El, como Hijo Eterno de Dios, puede dar ahora a todos cuantos crean en El. Y partiendo de Jerusalén hacia Samaría, Galilea, Asia Menor, África y Antioquia en primer término, para extenderse después por toda la cuenca mediterránea, fue prendiendo este anuncio, como fuego en un cañaveral, llevado por los apóstoles de Jesús, pobres pescadores del mar de Galilea, antiguos

fieles de la religión judía, que en los mismos textos revelados por Dios a su pueblo descubrían que Jesús, el Cristo, era el Mesías prometido por Dios, el que debía venir a este mundo para colmar los anhelos y esperanzas del pueblo elegido. Pero he aquí que ese mismo Jesús, cubierto de gloria, con sus llagas gloriosas resplandecientes y eternizadas, se presenta al atardecer del primer domingo de la historia a aquel grupo de once seguidores, que fue de doce, antes que Judas el traidor entregara a su Maestro y se colgara de un árbol, y les dice que aquello que ha sido vivido por ellos, aquella muerte ignominiosa y esa realidad gloriosa que se manifestaba ahora en El, se convertían en noticia que ellos debían anunciar al mundo entero. Con este anuncio no sólo colmarían las expectativas del pueblo elegido de Dios, sino que, al ir proclamándola hasta los confines de la tierra todo el que creyera y se sumergiera en las aguas del bautismo llegaría a poseer ese germen de vida eterna que Cristo nos da, que dinamiza nuestra vida presente y nos abre a la esperanza.

En esta tarea se empañarían los apóstoles, como lo vemos en el antiquísimo relato que corresponde a este día en la lectura de los Hechos. Aunque parece estar demasiado alejado en el tiempo como para decirnos algo hoy, sin embargo allí aparece el cristianismo naciente en las fronteras del mundo no cristiano, del mundo que se llamó pagano o gentil en el Nuevo Testamento, que se

parece tanto a nuestro mundo de hoy, imbuido al mismo tiempo de una vaga religiosidad y lleno de supersticiones y temores religiosos: falta de Dios, pero repleto de ideas, de pensamientos, proyectos y ansias que no logran colmar el vacío de sentido para la vida personal.

Varios paralíticos como el de Listra aparecen en escenas del Nuevo Testamento. Jesús hizo andar a hombres postrados, a uno que ansiaba curarse, a otro que yacía tirado, esperando algo. A los dos los hizo andar con ligereza. Son ambos símbolo del hombre, levantado de su postración existencial por Dios que actúa en Cristo y se acerca tanto al ansioso como al deprimido o al resignado, pidiéndoles que echen a andar, que se pongan en movimiento.

Poco tiempo después de la resurrección de Jesús encontramos a Pedro que, dejando atrás los temores y vacilaciones que lo llevaron a desconocer a Cristo en la hora misma de sus sufrimientos, predicaba ahora abiertamente en el Templo y dijo también a un paralítico, como lo hiciera su Maestro, que se levantara y lo instó a caminar en nombre de Jesús.

En el texto de hoy, la escena se repite con Pablo en la ciudad de Listra. También él insta a un paralítico a que se levante y se ponga derecho y el hombre echó a andar. Pero es interesante la reacción de aquel pueblo pagano. Eran gentes de una fe típicamente popular e ingenua y confundieron a Pablo y a su compañero de predicación,

Bernabé, con dos de los dioses paganos, Zeus y Hércules. Y un sacerdote de Zeus hizo traer toros adornados con guirnaldas para ofrecerlos en sacrificio a estos “dioses” que habían venido a ellos. Todo el fenómeno del mundo en sus búsquedas religiosas, afectado por la ausencia del Dios verdadero, queda al descubierto en la escena. Tuvieron los apóstoles que hablar trabajosamente a aquel pueblo, diciéndoles que ellos venían precisamente para que dejaran esos dioses, esos falsos dioses que siempre se hacen presentes en la historia de los pueblos y que precisamente ellos estaban allí para animarlos a dejar los ídolos y volverse al Dios vivo, al Dios que hizo el cielo y la tierra.

Está dibujada aquí ya lo que será la acción de la Iglesia, depositaria del mandato de Cristo Jesús de anunciar al único Dios verdadero revelado por Jesucristo a todos los pueblos, de levantar al hombre postrado, de combatir las idolatrías del mundo, desde aquellas tributadas a los viejos dioses del Olimpo, hasta las que se tributan hoy a los ídolos del cine, del deporte, del mundo político. Debe la Buena Noticia de Jesús desterrar todas las creencias que llenan a hombres y mujeres de miedos, prevenciones y dudas, viendo en todo una amenaza, buscando quién adivine el futuro o quién nos proteja del mal. La ausencia de Dios es causa de un vacío existencial doloroso y ese vacío puede ser llenado por sustitutivos de la religión, que generan en el hombre lo mismo temores que falsas esperanzas.

La misión de la Iglesia a través de los siglos no es otra que la de anunciar a todos que Dios no es como ellos lo piensan, que nuestra vida puede tener sentido, que podemos recobrar la confianza y la paz del corazón porque Dios nos ama y tenemos un gran bien que hacer al mundo comunicando esta alegre certeza, capaz de fundar la vida de los hombres y mujeres que nos rodean sobre las bases sólidas de la fe verdadera. Esa fue la tarea de Pedro, la de Pablo y Bernabé, la de todos los apóstoles, es la tarea del Papa Benedicto XVI y de todo el colegio que forman los obispos de la Iglesia.

Hoy celebramos en esta Eucaristía precisamente el tercer aniversario del inicio del Pontificado del Papa Benedicto XVI, sucesor de Pedro, príncipe de los apóstoles. Nuestra oración se eleva al Señor para que la buena noticia de Cristo que está vivo y presente entre nosotros, también en medio del mundo de hoy, pueda alcanzar a muchos a través del ministerio de la Iglesia que peregrina en esta hora de la historia, guiada por la sabiduría, la lucidez y el profundo espíritu evangélico de nuestro Santo Padre Benedicto XVI. Hoy el cristianismo es minoría. Aquella supremacía teológica y de pensamiento cristiano de Europa es cada vez menor y disminuye también el número de cristianos en aquel continente, por la baja natalidad y la fuerte inmigración procedente de zonas no cristianas del planeta hasta esa parte del mundo. El Papa Benedicto XVI es

conocedor de esta realidad, la ha descrito ya antes de haber sido elevado al solio de Pedro. Algunos, al escuchar sus reflexiones al respecto, lo juzgaron pesimista, pero se trata más bien de un realismo auténtico el del Santo Padre, al cual sigue una actitud de respuesta moderna en relación con la tarea de la Iglesia, que no es la de la imposición, la creación de mecanismos de defensa o aferrarse a juicios faltos de objetividad, sino todo lo contrario, la de acercarse a este mundo tal y como él es. Como lo ha ido realizando en sus tres años de Pontificado, el Papa ofrece a ese mundo plural y alejado de Dios la fe cristiana, recuerda al hombre de hoy, que tiende a la banalidad y al relativismo, la importancia de la búsqueda de la verdad, y propone a todos el cristianismo que engendra esperanza, que levanta al hombre de su postración, que lo saca de sus espejismos, para que fije su mirada en lo esencial. El Papa Benedicto da una importancia extraordinaria a lo esencial de la fe, aquello que debe proponer y anunciar la Iglesia como fundamental para el hombre y la mujer de hoy en aras de un verdadero y sano ecumenismo, de una comprensión mayor entre todas las religiones y modos de pensar, que lleve a la tolerancia, al respeto, que siembre conciliación y acuerdo entre pueblos y conjuntos de pueblos, a veces enfrentados o distantes. Nuestro Santo Padre va dejando en el camino de la historia jalones que puedan conducir a la humanidad a la paz que no ha podido alcanzar aún en miles de años de historia.

Pareciera oportuna esa pregunta que aparece en la lectura evangélica de hoy cuando Judas, no el traidor, sino el otro, cuestionó a Jesús sobre la razón de manifestarse sólo al grupo de ellos, a los discípulos, y no al mundo. Esa puede ser nuestra pregunta, angustiosa algunas veces, la que nos hacemos los mismos pastores cuando vemos la indiferencia religiosa, la propagación del vicio o de lo menos bueno, la falta de interés en el bien común por parte de las generaciones jóvenes, el individualismo egoísta, la injusticia en el orden social y en el respeto a la libertad y a la opinión de los otros. Sí, nos preguntamos: Señor Jesús, ¿por qué no te manifiestas deslumbrantemente ante el mundo para que todos comprendan que tú eres el camino, la verdad y la vida y que en tus enseñanzas y en tu misma persona está la salvación de este mundo? Y puede parecernos desconcertante también hoy la respuesta de Jesús: “el que me ama se mantendrá fiel a mis palabras, mi Padre le amará y vendremos a él y pondremos nuestra morada en él”. De manera serena pero directa nos está diciendo Jesús: no es cuestión de signos asombrosos y estremecedores que hablarían del poder inmenso de Dios lo que necesita nuestro mundo, se trata de amor y de amar. Hay que amarlo a El, al Señor, y si somos ganados por el amor ya no podremos vivir sino para sembrar amor, para esa causa del amor a la cual Jesús dedicó su vida y, al decir de Juan, su amor llegó “hasta el extremo” y lo manifestó en la Cruz. Sólo un amor radical, capaz

de sacrificio, puede captar dónde está la verdad de Jesús que anunciaban sus apóstoles, la misma que anuncia el Papa al mundo de hoy. Por eso en la primera encíclica que el Santo Padre Benedicto XVI dirigió a toda la humanidad al inicio de su Pontificado no hizo un análisis de este mundo, de los desafíos que el cristianismo podía enfrentar ante una realidad mundial global totalmente nueva, que el Santo Padre conoce muy bien. Su carta fue la carta del amor y en tres palabras hizo consistir toda la posibilidad de reencontrarnos como humanos con Dios, con nosotros mismos y con nuestro prójimo y lo hizo diciéndonos lo que el apóstol Juan nos dejó en su primera carta como sublime definición de Dios: “Dios es amor”.

Al dirigirnos su segunda carta encíclica el Papa no retoma tampoco los análisis socioculturales aparentemente pasados por alto en su primer mensaje, sino que nos habla de la esperanza y, tomando pie de la carta de San Pablo a los Romanos (8, 24) nos dice: “En esperanza fuimos salvados”. El Papa pone, junto al amor, la esperanza, como columnas válidas para sostener la estructura de una humanidad renovada. Vuelvo sobre mis palabras para decir que el Papa va a lo esencial, que es un hombre de esencias, porque el hombre de hoy tiene instrumentos racionales, técnicos, científicos para comprender la realidad y de hecho la comprende bien y la analiza con precisión. Podemos apreciar con objetividad el desequilibrio en la distribución de las riquezas del mundo e incluso



trazar líneas maestras que podrían cambiar esa situación; podemos comprender la maldad de la carrera armamentista sólo con cálculos matemáticos de sus costos económicos que privan a otros de beneficios necesarios o calculando también los costos humanos que traería una hecatombe nuclear, y podemos trazar planes de desarme, pero falta un amor que mueva las voluntades, falta una capacidad de amar que nos haga escuchar una palabra más alta que pueda sacarnos de nuestros puntos de vista, de nuestros egoísmos, de nuestras ideologías, de nuestra violencia. Nos falta amor, nos falta Dios para ponernos en movimiento y permanecemos envueltos en la bruma de lo imprevisto, de lo inexplicable, sin levantar la vista y el corazón hacia lo alto para esperar en Dios. En pocas palabras, encerrados en nosotros mismos y faltos de amor no tenemos esperanza. El Papa Benedicto XVI ha puesto los pilares esenciales para que la civilización actual pueda levantarse y ponerse en movimiento y lo hace reconociendo realísticamente el presente y la posición del cristianismo en medio de este mundo global, pero llamando al mismo tiempo a todos a la unidad, a la fe, a la racionalidad, a la búsqueda de la verdad, al amor y a la esperanza. Los grandes hombres no son sólo aquellos capaces de crear grandes cuerpos filosóficos, grandes proyectos económicos y sociales o doctrinas nuevas de difícil comprensión, sino los que saben ir a la

sencillez de lo necesario, de lo que unifica, de lo que es imprescindible para que todo lo demás sea posible.

De esta estirpe es el Papa Benedicto XVI, a quien Dios ha confiado, como buen Pastor, el cuidado de la Iglesia. El debe tender la vista más allá del rebaño que el Señor le ha confiado, hasta los confines del mundo, pues hay otras ovejas que no son del redil y deben ser buscadas y amadas por él en fidelidad total a Cristo, Único Pastor. Por esto la misión del Papa, sucesor de Pedro, tiene un alcance mundial. Sólo el mismo Jesucristo puede hacer esta carga llevadera y su peso ligero. A El nos volvemos en esta celebración para pedirle que sostenga y fortalezca al Papa Benedicto XVI en esa misión sobrehumana de intentar abrir los corazones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo a la fe, al amor y a la esperanza, de modo que todos cooperemos a hacer mejor nuestro mundo.

Que el Señor conceda al Santo Padre Benedicto XVI la gracia de continuar su misión por largos años, beneficiando y animando con su comprensión, su bondad y su humildad a la Iglesia y a toda la humanidad.

Así sea.